

José CHECA BELTRÁN, *El debate literario-político en la prensa cultural española (1801-1808)*, Madrid, Iberoamericana, 2016, 285 págs.

El prólogo de la nueva obra de Checa Beltrán resulta, en su brevedad, muy esclarecedor: el autor ofrece en unas pocas líneas todas las claves de un estudio que se revela necesario para explicar un período muy delimitado, el comprendido entre 1801 y 1808, que, en opinión del autor, no ha recibido la atención merecida y de ningún modo podría entenderse disociado de las dos últimas décadas del siglo anterior. Y por eso nos señala desde las primeras páginas que los ocho años a que hace referencia el título no son sino la continuación de una etapa más dilatada, cuyos límites resultarán fácilmente reconocibles si se alude a dos fechas significativas: la *Epístola* de Jovellanos a los salmantinos (1776) y el comienzo de la Guerra de la Independencia (1808).

En esos años se gestan los cambios que explicarán la razón de ser del debate literario-político a que alude el título: la rigidez de un ámbito literario y artístico dominado por la tradición clasicista se debilitaba y, entre polémicas, comenzaba a abrirse paso una nueva poética. A un tiempo, de la mano de la literatura se iban definiendo posiciones políticas, la mayor parte de las veces no declaradas por temor a la censura y por la consecuente autocensura.

Cuatro son las publicaciones que Checa Beltrán selecciona por considerarlas, siguiendo a Alcalá Galiano en su *Literatura española. Siglo XIX* (1834), la mejor representación de la prensa cultural española del momento, aunque todas ellas se editaran en Madrid: el *Memorial Literario*, *El Regañón*, *Minerva* y *Varietades de Ciencias, Literatura y Artes*, a las que añade *Efemérides* y *Nuevas Efemérides*. Todas compartían un declarado interés por priorizar los contenidos culturales y literarios, y eso las convertía en publicaciones idóneas para reflejar el momento de cambio que se percibía tanto en el pensamiento literario como, de modo menos explícito, en el ámbito político.



La obra comienza pasando sucinta revista a las publicaciones y sus redactores, lo que facilita la ubicación cronológica de las primeras y el conocimiento de algunos rasgos biográficos de especial interés de los segundos. Se repasan fechas significativas, estructuras y secciones de los periódicos, líneas editoriales, influencias y tendencias, que permiten al lector obtener una detallada panorámica general.

En el mismo capítulo Checa Beltrán da un paso más y, tras los datos objetivos, revisa la concepción que tenían los propios editores de la función de sus publicaciones, nacida de dos grandes motivaciones: el entusiasmo por la difusión del conocimiento y la voluntad de ser útiles al país. Pedagogía y patriotismo, valores que hacían necesario también un nuevo tipo de lector, más curioso y abierto, con el que establecer una relación basada en la complicidad.

Los periódicos, por tanto, compartían una misma naturaleza que, sin embargo, aceptaba matices, y en ellos se detiene Checa Beltrán, en un utilísimo recordatorio al lector. Así, repasa la trayectoria de Olive, el más activo de los editores, al frente de tres de estas publicaciones de manera sucesiva: asistimos a su declarado entusiasmo ante la necesidad de divulgar la ciencia y la adhesión al gobierno en el *Memorial*; vemos después su etapa en las *Nuevas Efemérides* y el progresivo desencanto que experimentó ante el cambio en el gusto literario de los lectores y en la función de la crítica; hasta finalizar en su compromiso de supeditar cualquier otro interés a la defensa de la virtud, en *Minerva*.

Checa Beltrán repasa también la labor de Ventura Ferrer en *El Regañón*, que entendía que la crítica constructiva y el didactismo literario debían ser las funciones principales de un periódico; la defensa de la función cívica de Quintana en *Varietades*, ejercida mediante la labor de divulgación de cualquier novedad científica o artística, independientemente de su procedencia; el interés por los avances de la técnica y la industria de Julián Velasco en *Efemérides* y la declaración de acusado sentido patriótico que los hermanos Carnerero imprimieron al *Memorial*.

Tras este rápido bosquejo de las publicaciones, el capítulo siguiente las sitúa en su contexto político, muy marcado por la alianza que España había establecido por esos años con Francia y la actitud antibritánica que se percibía en una parte de la prensa. Y es a partir de aquí, y adentrándose ya en el plano literario, donde Checa Beltrán demuestra la imposibilidad de entender la etapa investigada sin acudir a las décadas precedentes, que habían ido modificando posiciones. En torno a 1780 la oposición entre Neoclasicismo y Barroco languidecía sin desaparecer del todo. Es el momento en que entra en escena un tercer elemento de disputa: la poesía «filosófica», de origen francés, que abrió la veda a otras novedades en cuanto a géneros literarios y que tuvo una acogida des-

igual: curiosidad y vivo interés entre los más abiertos a las novedades, desconfianza entre los más conservadores. Porque estas posturas se hacían extensivas al ámbito político y, si algo delataban, era la necesidad de definir una identidad nacional, más allá del ruido que había provocado el artículo de Masson de Morvilliers en 1782 y la consecuente reacción apologista. Señala Checa Beltrán que los años de la oposición entre Clasicismo y Barroco se habían caracterizado por la búsqueda de un canon nacional: la novedad a partir de los años 80 es que ese modelo deja de buscarse en el pasado y se orienta al futuro.

Las dos tendencias contaban con cabezas visibles, pero también atraían a otros muchos militantes de menor relevancia pública: el grupo que defendía las tendencias literarias más ortodoxas, y que también se hallaba más vinculado a los círculos de poder político, estaba liderado por Moratín, Estala y Melón; el más abierto a los cambios y menos complaciente con el gobierno contaba en sus filas con Quintana, Jovellanos y Meléndez, este último considerado muy pronto modelo de la nueva poética.

De modo que, así establecidas las filas de los contendientes, la prensa literaria y cultural se hizo eco de las manifestaciones de unos y de otros, aunque manteniendo siempre un tono contenido y cordial que no permitía que la polémica pasara a mayores.

Checa Beltrán dedica las páginas siguientes a definir el pensamiento político y literario que, de manera más o menos velada, para evitar la desconfianza de los censores, iban dejando entrever los editores en sus publicaciones. Y así, describe el rechazo de Olive a la nueva poesía, justificado porque su inicial defensa del progreso y la difusión de conocimiento fue tornándose en conservadurismo declarado con los años. En posiciones más o menos intermedias los restantes editores y, casi en el extremo opuesto, está Quintana, a quien Checa considera el mejor representante de la nueva poesía, el único que mostró, aun de forma prudente, su descontento con el gobierno e hizo que *Variedades* no se detuviera en la mera crítica literaria.

Establecidos estos parámetros, Checa Beltrán inicia un detallado análisis de los temas que se constituyeron en motivo de diversas polémicas, comenzando por el debate central, origen de todos los demás: la oposición entre Clasicismo y Barroco, con la incorporación del tercer elemento que vaticinaba la llegada del Romanticismo: una nueva poética, nuevos géneros, un nuevo modelo que abandonaba el apego a la hegemonía francesa y diversificaba las opciones. Checa Beltrán justifica una base común en la defensa de estos tres elementos, tanto en el aspecto político, que era ilustrado, como en el literario, innegablemente neoclásico, algo que contribuía, sin duda, a la moderación de las posturas encontradas. En esa búsqueda común de una identidad literario-cultural, los

periódicos reflejan distintas opiniones acerca de conceptos esenciales como la imitación frente a la imaginación y el genio; la pasión frente a la razón; o el sensato y tranquilizador buen gusto que perdía posiciones en favor del que se tenía ya por mal gusto contemporáneo.

Otros debates también ocuparon su espacio en la prensa, y a ellos dedica Checa Beltrán las siguientes páginas de esta investigación. Por ejemplo, los defensores del patriotismo más antiguo y enquistado veían surgir una nueva actitud cosmopolita, abierta a la cultura europea, más libre de prejuicios y con un alto componente autocrítico, que algunas publicaciones, como *Variedades*, se encargaron de difundir.

También el tratamiento de la figura de la mujer, las opiniones sobre su papel en la sociedad y el tipo de educación que debía recibir para ejercerlo, fueron cuestiones muy debatidas en esos años, y Checa Beltrán analiza su presencia en la prensa minuciosamente, para concluir que, si bien no se pretendía hacer un discurso abiertamente basado en la inferioridad de la mujer, tampoco se contemplaba un tratamiento igualitario. Y esto era así, como nos señala el autor, incluso entre los sectores más avanzados, por lo que ninguno de estos periódicos eleva las expectativas respecto a este punto: la mujer podía ser educada, pero siempre con unos límites marcados y, por supuesto, sin que su educación tuviera visibilidad pública alguna.

Otro de los debates que Checa Beltrán considera fundamentales para entender la época y la prensa estudiadas es el concerniente a la elección de modelos literarios, con posturas opuestas lideradas por «quintanistas» y «moratinistas»: los primeros mostraban su predilección por los contemporáneos y los segundos se aferraban a los antiguos. Con los mismos argumentos se discutía la idoneidad de las dos referencias poéticas que defendían unos y otros: los «quintanistas» a Blair, los «moratinistas» a Batteux. De esta polémica quedan abundantes muestras en los periódicos, ya que a ella se sumaron, no solo Munárriz y García de Arrieta, como cabezas más visibles, sino otros muchos autores de relevancia que aquí aparecen mencionados.

En general, lo que Checa Beltrán descubre en los distintos debates que analiza es la existencia de una base común a las partes, a la que se van sumando matizaciones y divergencias, nacidas de las diferencias ideológicas. Por ejemplo, en el ámbito de la crítica teatral, sobre la que casi todos los periódicos de la época incluyen reflexiones y comentarios, la opinión compartida era que el Barroco, pese a sus muchos defectos, también había hecho interesantes aportaciones, mientras que las obras contemporáneas no llegaban a resultar excelentes y disponían aún de un gran margen de mejora. Si bien el grupo con mayor capacidad de presión era el más afín al gobierno y defendía un Neoclasicismo

abierto al nuevo teatro, lo cierto es que se hacía un esfuerzo por superar la dicotomía entre dos modelos, abriendo el campo de visión para tratar de encontrar un modelo nacional que sumara elementos de muy variado signo. Los periódicos recogían todas estas opciones y no lo hacían con una línea editorial homogénea, puesto que daban cabida a opiniones muy diversas: la búsqueda de un modelo dramático, insiste Checa Beltrán, era un asunto de carácter político-literario, dada la importancia del género por su potencial pedagógico y de transmisión de valores. Las polémicas se multiplicaron en torno a una gran variedad de temas derivados, como el de la invariabilidad de los géneros, los caracteres de los personajes, las traducciones, la finalidad de las obras, los decorados e incluso la adecuación de los actores.

La misma heterogeneidad encuentra Checa Beltrán al rastrear la postura de la prensa respecto a otras cuestiones que fueron igualmente objeto de controversias. Por ejemplo, la generada en relación con el gusto del pueblo, especialmente el público del teatro. Los periódicos adoptaron tres posturas fundamentales: algunos optaron por una conciliación entre lo culto y lo popular, mientras que otros mostraban su preferencia por lo primitivo y oral o se mantenían fieles, de manera indiscutible, al gusto neoclásico. La polémica se hacía extensiva a la importancia de la lengua popular, ya que se entendía que la conexión entre nación y lengua justificaba que se antepusiera lo particular a lo universal, lo autóctono a lo externo.

La necesidad de establecer un lenguaje poético también estaba en el centro de otro debate. Los más abiertos a la innovación se decantaban por una poesía que huyera de la manida temática amorosa y buscara nuevos conceptos en la realidad social. Quintana defiende con entusiasmo la poesía filosófica en las páginas de *Variedades*, pero esta era vista por sus detractores como la culpable del empobrecimiento del lenguaje poético, que parecía acercarse más a la prosa. Por tanto, también se polemizaba sobre cómo debía ser dicho lenguaje, si una mera recuperación del imperante en los siglos XVI y XVII o, por el contrario, una renovación total, que diera cabida a nuevos términos. Checa Beltrán echa de menos en estas publicaciones intentos de definiciones teóricas para dicho modelo, pero sí encuentra acuerdo en todas ellas respecto a la necesidad de establecerlo: unos, desde su posición de patriotismo y oposición a las novedades y a lo francés; otros, llevados por sus deseos de innovación y su defensa de una literatura que primara el contenido. Pero, más allá de ese común interés, y de la admiración que ambos flancos sentían por la poesía de Herrera, el debate se mantenía vivo.

En suma, esta nueva obra de Checa Beltrán nos ofrece una documentada y precisa justificación del trasfondo ideológico que articulaba los grandes de-

bates literarios de una época, breve, si nos atenemos al período mencionado en el título, pero cuya trayectoria se dibuja a lo largo de las dos décadas previas. La muy adecuada selección de publicaciones, que constituyen, en palabras del propio investigador en su prólogo, «espejo y lámpara del entorno político y literario» de esos años, permite ofrecer al lector una panorámica completa de las filias y fobias, temores y afinidades culturales e ideológicas de quienes podían hacerse oír gracias a la prensa y gozaban, por tanto, de la mejor posición para influir sobre su entorno. La lectura de esta obra nos aporta, con la claridad y el didactismo habituales en su autor, un imprescindible compendio de razones para entender mejor unos años de grandes cambios que, como Checa Beltrán demuestra muy acertadamente, en ningún caso se produjeron de manera repentina.

INMACULADA MOLINA MEDIAVILLA